



DESCARTES Y EL SUEÑO

Ximo Fortanet Fernández

Estudiante de Filosofía, Universidad de Barcelona

René Descartes (1596-1650) fue el primer pensador que detonó la seguridad de lo cotidiano con su método filosófico. Hasta entonces ningún método filosófico - con excepción de algunos de los pensadores de la antigua Grecia - había hecho tambalearse la seguridad que provoca la indiferencia de la costumbre, de la normalidad. Descartes utilizó la duda no a la manera de los escépticos (dudar por dudar), sino como método; es decir, primero la duda se convertía en dominadora de su razón hasta encontrar aquellas verdades indudables para, más tarde, hilvanar sobre estas verdades claras una filosofía. No trata Descartes la duda sino para erigir una filosofía fundada en la verdad, y para ello cree que es necesario dudar metódicamente con el fin de encontrar el conocimiento verdadero.

Esta duda metódica llevará a Descartes a plantearse la veracidad del mundo sensible. Efectivamente, el soldado al que le han amputado una pierna afirma que aún la siente, él la considera real; para el soldado su inexistente pierna está inmersa en la realidad; es exacerbadamente real. De la misma manera podemos dudar si nos encontramos en este preciso momento en un sueño, de suerte que cuando despertemos lo que nos está ocurriendo en este preciso instante no pertenezca a la verdad, y tan solo haya sido un sueño. Todo es dudado por sistema con el fin de encontrar aquello que, por su evidencia, no contemple la posibilidad de ser dudado. Yo puedo dudar de todo, salvo de que dudo y al dudar...pienso. Pero para pensar es preciso previamente existir. Luego, yo pienso y por tanto existo. Descartes encuentra la raíz del ser en la duda misma y a partir de aquí se adentra en la conformación de su filosofía, que discrepará profundamente con la ortodoxia escolástica imperante; pero ello se aleja ya del tema a tratar.

Tenido ya un esbozo - aunque simplista - de la parte de la filosofía cartesiana¹ más indispensable, podremos acercarnos un tanto al tema de este escrito: Descartes y el sueño.

No nos interesan tanto los resultados ontológicos de Descartes como su método en sí (el dudar para encontrar la verdad).

Bajo el método cartesiano, al plantearse la duda como constante del pensamiento nos trobamos con la fragilidad de lo real, con la levedad de nuestra seguridad. Descartes nos invita a considerar que nuestros sentidos

nos engañan, lo que es soportable e incluso nos puede resultar en cierta manera cómico. Pero al considerar que nuestras más acérrimas costumbres, nuestra vida, nuestras acciones, nuestro trabajo - la normalidad - pueden derivar de un sueño nos invade una acuosa angustia, privados de suelo firme y descendidos a las ignotas ciénagas del sueño.

*Al plantearse la duda como
constante del pensamiento nos
trobamos con la fragilidad de
lo real, con la levedad de
nuestra seguridad*

En el momento en que Descartes habla de la posibilidad de que la realidad fuera sueño (ver en el 'Discurso del Método' y en las 'Meditaciones Metafísicas') una tibia turbación le asalta, que se percibe claramente en el pulso de su escritura.

Quizás le asalte la certidumbre de que, aunque la realidad en que vivimos fuese un sueño, podría ser este sueño la única verdad.

No hay motivo racional aparente para juzgar que el sueño contenga un grado de verdad menor que la vigilia, por lo que si dudamos de la realidad afirmando que es un sueño, no de ello se sigue que carezca, como afirma Descartes, del grado de verdad que nos proporciona la vigilia.

Esta duda que jubilea en la mente nos ha llevado a la consideración de la posibilidad de que todo nuestro mundo, las creencias, los valores más universales, las pasiones más desbordantes... no sean más que un sueño; pero, podría ocurrir que este sueño fuera verdad, que fuera la maldita verdad que esconde la existencia: que todo no sea más que un sueño.

Pero ello no es la causa de la angustia que asalta tanto a Descartes como a nosotros mismos cuando consideramos que todo podría ser un sueño. Quizás nos causa angustia la certeza de que el sueño es nuestro; nosotros somos los creadores absolutos de toda nuestra realidad, ya

que el soñar implica la creación de un mundo completamente insólito. Si la realidad fuese un sueño, el mundo real con sus valores, sus horarios, sus maldades y sus devenires sería creación y responsabilidad nuestra. Poseemos, como mínimo en el sueño, una libertad creadora, que no solamente crea nuestro proyecto de vida sino que crea la verdad que se esconde agazapada en cada acto.

Afirmar esta consideración era inviable para Descartes, ya que sostenía que, si bien podemos dudar si nos encontramos en un estado de ensoñación o de vigilia, nunca podemos dudar de que es verdad la realidad que Dios ha establecido. Es decir, no podemos dudar de que no se debe matar. De que debemos amar al prójimo. De que debemos albergar pensamientos puros. Si la realidad no contuviese ese grado de verdad absoluta, los mandamientos eclesiásticos y toda clase de verdad última podrían ser creación humana - ya que suponemos que la realidad es sueño y ese sueño es nuestro - y no divina.

La simple concepción de una posibilidad como ésta (que las verdades religiosas fueran creación humana) era impensable para una sociedad (la de Descartes) que seis meses antes de la publicación del 'Discurso del Método' había quemado vivo a Giordano Bruno por afirmar la infinitud del universo.

Incluso el propio Descartes quizás no concebía la posibilidad de dudar de la procedencia divina de la verdad, ya que la duda implicaba imperfección, y Dios no era imperfecto.

Descartes probaba la existencia de Dios por un círculo vicioso en el que es indispensable la concepción de verdad. Dios existe porque el hombre tiene una idea de él perfecta. Y la idea de Dios, por ser perfecta, conlleva, a su vez, su propia existencia. Pero de la misma manera es el mismo Dios quien ha provocado en el hombre esta idea que, por ser divina y ser lo divino perfecto, es verdad.

*La cabida, mediante la vía del
sueño, de la duda en la verdad
divina habría de llevar a
Descartes a negar la existencia
racional de Dios*

Si la duda metódica anula la validez absoluta de la verdad, anula el argumento de la existencia de Dios.

La cabida, mediante la vía del sueño, de la duda en la verdad divina habría de llevar a Descartes a negar la existencia racional de Dios, cosa que era en ese tiempo (s.XVII) imposible.

Quizás por ello Descartes expulsa al sueño de la filosofía de una manera tan perentoria que se precisarán dos siglos de crisis para restablecer el sueño dentro del ámbito de la experiencia filosófica.



René Descartes (1596-1650)

La manera en que eliminó al sueño de la filosofía fue atribuyéndolo a la imperfección del hombre; a lo que Descartes llamaba el no-ser. El sueño pertenece al no-ser. El no-ser (la imperfección) supone axiomáticamente la falsedad; en la misma medida el ser, (lo que de perfecto hay en nosotros) presupone la verdad.

Y sobre estos presupuestos no hay cabida para la fatal duda metódica. Descartes nunca osará invertir los términos de la relación perfección-imperfección, aunque tan solo sea de manera 'ficticia' o 'imaginativa'. No se planteará la posibilidad de que la verdad no resida en la perfección, ya que la propia perfección es definida como verdad.

La raíz del deshecho del sueño, aunque tan solo sea como posibilidad de mutar los patrones de verdad, está en la concepción cartesiana de la libertad humana: Descartes es el fundador del racionalismo francés y como tal, tiene una honda creencia en la libertad del pensamiento humano. Pero en esta libertad, el hombre que es libre para crear el mal (falsedad) no lo es para crear el bien (verdad).

Se trata de una autonomía para conocer la verdad, pero no de una libertad creadora. Existe el libre albedrío pero tan solo ligado con la negatividad, esto es, tan solo hay libertad para crear el mal, lo imperfecto, el no-ser (negatividad). No existe una libertad positiva, ya que la única libertad que hay en este sentido es la de adscribirse a la verdad prefabricada.

O haces lo que está bien, o creas tú mismo el mal.

Pero en el sueño el hombre se erige creador de todo, del bien, de la verdad, modela el mundo onírico a su querencia pudiendo convertir fantasías estéticas como son

pétalos de rosa en núbiles ninfas de la isla de Lesbos portadoras de la verdad.

El mundo del sueño no respeta ningún patrón preconcebido de la idea de verdad. Es verdad aquello que en el sueño es considerado como tal. El ámbito del sueño transgrede el plano de la verdad universal.

*Al soñar perdemos el dominio
ejercido por nuestra
conciencia dejándola a merced
de esas fuerzas inefables que
dominan al sueño*

Cuando hablamos del sueño no nos referimos al contenido específico de los sueños (lo que hemos soñado), sino que nos preocupa el hecho de soñar, al magnífico estado en que nos sumimos cuando soñamos, cuando despertamos de la vigilia. Este sueño no se tiene que dar exclusivamente en la noche.

Nos replegamos sobre nosotros mismos cuando nos ensimismamos al igual que ocurre en el sueño, y el tiempo se distorsiona de igual manera. No hay necesidad de estar dormido para soñar. Al soñar perdemos el dominio ejercido por nuestra conciencia y entonces todo el esfuerzo que ejercemos por mantener inmóvil a la verdad se pierde, dejándola a merced de esas fuerzas inefables que dominan al sueño.

Previamente hemos afirmado que en el sueño poseíamos una libertad creadora, lo cual era inconcebible para Descartes.

Quizás nuestra mirada ha sido un tanto precipitada. Si analizamos el acto del soñar, vemos pronto que en él nosotros carecemos de control absoluto. Nuestro 'yo', el sujeto, se diluye y no somos más que una suerte de centro de fuerzas, un vacío que se llena de mundos insólitos articulados incongruentemente. Queda claro, pues, que en el sueño el sujeto no es creador consciente. Pero el estudio de este ámbito rebasa con mucho la amplitud de este escrito. En este momento no nos importa quien es exactamente el creador del sueño, lo que nos importa es que rompe la monotonía de lo real, la verdad absoluta de la vigilia. Nos causa angustia, ya sea porque nos erigimos creadores de todo, ya sea por que nos convertimos en artífices y responsables de ser el centro de esa amalgama de fuerzas que articula el sueño. Y es este el motivo por el cual si Descartes hubiera admitido la experiencia del sueño (o de la locura) dentro de los límites de su reflexión, ésta le hubiera llevado a proclamar una libertad humana completa, es decir, creadora. Pero ello conllevaba discrepar con la teología gobernante. De nuevo - y de siempre - la ortodoxia impedía la libertad de pensamiento.

El hombre no tan solo transgrede el plano de la verdad en los sueños. Incluso inconscientemente, llevado por la inercia de la raíz ignota de la vida, se repliega sobre sí mismo, tildando de verdad absoluta sus propios instintos reprimidos u ocultos. Puede defender con toda su fe, con toda su fuerza y con toda su racionalidad ideas que emanan directamente de sus instintos o pasiones más profundas; que son creación suya. Este es el caso de Descartes. Descartes elimina a la libertad creadora del ámbito de lo humano. Anula la creación. Pero al anular algo tan radicalmente visible debe argumentar contra la inmediata y universal experiencia del sueño, empleando todo su ingenio.

No obstante siente al mismo tiempo una oficiosa religiosidad y una sublime pasión por la libertad. No puede concebir un mundo sin libertad verdadera, así como no puede concebir un mundo sin el Dios de la escolástica. Por ello en su filosofía tan solo la libertad de Dios limita a la libertad del hombre.

Magnífica manera de salvar esta dualidad de su pensamiento, aún sea a costa de deformar tanto la idea de libertad como la de Dios, haciendo de la libertad humana creadora una libertad negativa, y del Dios todopoderoso una sublimación de sus propios sueños: de sus sueños de libertad.

*El sueño juega a un obnubilado
baile de máscaras, ajado de
delirio y riéndose de nuestro
mundo*

Descartes mutila el ámbito de experiencia del sueño, lo considera falso, imperfecto, capaz como tal de albergar la duda y, por lo tanto, no perteneciente a la verdad y desechable. Anulado. Parece que el sueño ha quedado ya relegado de la filosofía de Descartes; él mismo lo afirma así. Pero no es posible encontrar un sueño en la luminosidad de la vigilia. Siempre permanece agazapado en algún oscuro rincón en donde la sombra le permita la ensoñación.

Y ensoñación es artificio, engaño y voluptuosidad. El sueño juega a un obnubilado baile de máscaras, ajado de delirio y riéndose de nuestro mundo, disfrazado de inexpugnables creencias. Toma una máscara y evita así a nuestra conciencia. Descartes lo creía excomulgado aún cuando el sueño es su propia comunión. Vapores humosos emanan de la conspicua vacuidad del eje del soñar y conforman, exhalados hasta el infinito, el rostro divino de Dios.

¹ Es decir, de Descartes. Cartesiano es un adjetivo que se comenzó a utilizar debido a la moda renacentista de latinizar los apellidos.